

Ágora

La filosofía en español ante el tercer milenio

Gustavo Bueno Sánchez

La filosofía dejó hace muchos siglos de ser hablada, escrita y pensada en griego, siendo recreada en otras lenguas: latín, árabe, hebreo, etc. El español constituye el idioma moderno que más pronto se utilizó al servicio de la filosofía, aunque en los últimos trescientos años no se ha dado un desarrollo de la filosofía en español equivalente al que la filosofía en francés, en inglés o en alemán ha conocido. La filosofía en español está más por hacer que ya hecha.

La filosofía, que en la historia global de la humanidad surge en Grecia hace casi dos milenios y medio, como saber crítico, de segundo grado, que se organiza a partir de otros saberes preexistentes, de primer grado (saberes - políticos, biológicos, matemáticos, técnicos ...), dejó hace muchos siglos de ser hablada, escrita y pensada en griego. La filosofía de tradición helénica, hace mil años, fue recreada en otras lenguas, el árabe y el hebreo, pero su cultivo no pudo resistir los recelos de aquellos intransigentes teólogos musulmanes y judíos que lograron que Averroes y Maimónides fueran casi los últimos representantes de las tradiciones filosóficas habladas, escritas y pensadas en árabe y en hebreo.

En la Europa cristiana que luchaba contra las otras dos religiones del libro, la asimilación de la filosofía (hablada, pensada y escrita en griego, en árabe y en hebreo) se convirtió en una necesidad estratégica imprescindible, que permitiría contar con el armazón teórico suficiente para poder combatir en el terreno de las ideas a las otras dos religiones terciarias. La filosofía y la ciencia, hablada, escrita y pensada en latín, permitió frenar el empuje de los infieles y descubrir un nuevo mundo.

Hoy el latín prácticamente no tiene ya vigencia (quizá el padre Santiago

Ramírez fue el último que se atrevió a publicar su ingente obra al modo medieval, y quizá por eso es tan poco tenido en cuenta hoy, pues quienes a él se acercan calculan que sus ideas serán tan añejas como la lengua de que se sirvió, al menos para escribir). Ni siquiera la iglesia de Roma piensa ya en latín, aunque de forma más bien protocolaria mantenga su vigencia: ni siquiera el último *Catecismo* romano fue redactado originalmente en latín, al parecer fue pensado y escrito primeramente en francés.

La ideología dominante, que emiten los poderosos para tranquilizar a los países del tercer mundo, buscando alcanzar cierta armonía pacífica tras la segunda guerra mundial, propugna el dogma del relativismo cultural, de la equiparación de todas las culturas y, por tanto, de todas las lenguas. Y como todos los hombres de la tierra tienen su propia idioma, hay unos diez mil diferentes, y nadie puede atreverse a discutir que todos los hombres no seamos iguales, ni dejemos de tener derecho a nuestra propia identidad cultural, se concluirá que todas las culturas y todos los idiomas deberán ser también iguales y equiparables. Según esto los *Diálogos* de Platón, la *Política* de Aristóteles, la *Summa* de Santo Tomás o el *Quijote*, podrían potencialmente ser entendidos por todos los hombres de la tierra, en sus propios idiomas, si fueran traducidos a ellos.

No descubrimos nada al advertir que han sido las iglesias las instituciones que más se han preocupado por traducir al mayor número de lenguas sus libros: las innúmeras versiones de la *biblia* en lenguas vulgares y en lenguas arcaicas, las traducciones sistemáticas *de Camino, La Atalaya, Despertad*, &c. Los misioneros protestantes del SIL (*Summer Institute of Linguistics*) han estudiado unas tres mil lenguas para poder llevar a todos los pueblos de la tierra el antiguo y el nuevo testamento. Kenneth L. Pike, con toda su ingenuidad y buena fe, en 1985, al preguntarle si a aquellos indígenas, guatemaltecos o de cualquier otro sitio, para los que vertían la biblia en mil idiomas, no les resultaba muy exótico escuchar nombres ajenos, montes, ríos y ciudades desconocidas, me respondió que lo que ellos hacían en sus traducciones era sustituir los nombres propios de Tierra Santa por otros más cercanos a la lengua de que se trataba, normalmente vecinos y enemigos suyos, a quienes, a su vez, ofrecían otra versión con los nombres cambiados de lugares y amigos/enemigos. Reconocía que tal proceder a veces provocaba enfrentamiento entre pueblos vecinos, pero no daba a tal circunstancia mayor importancia. Los gobiernos de algunas repúblicas americanas entendieron que el proselitismo del SIL no era tan ingenuo, y respondía a los intereses del inglés (del norteamericano imperial) por mantener fragmentada, y cada vez más, la América que habla español: por eso expulsaron de su territorio aquellos bondadosos misioneros lingüistas.

Pero la cruda realidad es que no todas las lenguas que se utilizan en la tierra son iguales, como tampoco lo son los instrumentos musicales de que se sirven los distintos pueblos, etnias y culturas para expresar su identidad. Nadie discutirá que una fuga para órgano, o la sinfonía pensada y escrita para una orquesta, no pueden ser traducidas a los sonidos que puedan emi-

tir juntos una flauta, una gaita y un tambor. ¿Cuántas de las miles de lenguas que se hablan en el mundo permitirían una traducción, no una reducción, de *Las Leyes* de Francisco Suárez? Probablemente no lleguen a una docena.

Una consecuencia importante de lo dicho, por tanto, es que la filosofía no está al alcance de todos los hombres de la tierra. Y no porque, en el momento de nacer, no seamos todos los hombres más o menos iguales (algunos ya serán más altos, más fuertes o más inquietos); sino porque, una vez que las lenguas maternas moldean al individuo humano, troquelando su modo de pensar y de ver el mundo, dotándole de las categorías, conceptos e ideas que a través de su idioma le ofrecerán una cosmovisión y no otra, habrá hombres que, en su propia lengua, en su lengua materna, en la lengua de su etnia, pueblo o comunidad, nunca podrán entender lo que hablan, piensan o escriben otros hombres, en terrenos literarios, científicos, técnicos y por supuesto filosóficos, aunque esos hombres, mejor dotados para entender la realidad, pregonen sin cesar que ellos son iguales a los otros, e incluso, en el mejor de los casos, fruto de su ingenuidad, animan a los otros a mantenerse en su original esencia.

La filosofía, por su propia naturaleza crítica, siempre se ha mantenido en una situación de inestabilidad en sus relaciones con el poder, sea el de las Iglesias, sea el de los Estados. En los momentos en que se convertía en aliado que aportaba armazón ideológica (la escolástica cristiana frente a la musulmana o la judía, la *ideología* napoleónica frente a la iglesia católica, la filosofía como expresión del ideal del pueblo alemán hasta la apoteosis de los campos de exterminio nazis, &c.) ha conocido momentos de gloria; cuando podía convertirse en instrumento crítico se ha procurado, en el mejor de los casos, mantenerla de forma administrada, domesticada; muchas otras veces los filósofos han sido expulsados de la ciudad, sus escuelas cerradas, sus libros quemados, sus métodos olvidados como una mala pesadilla.

El español es el idioma moderno que más pronto se utilizó al servicio de la filosofía. La riqueza del vocabulario y de las ideas ya presentes en la literatura moral del siglo XIII, por ejemplo, permiten comprobarlo. Es característico del español el haberse ido formando como fruto de precisos procesos históricos que implicaron la interacción de culturas tan heterogéneas como puedan serlo la cultura latino-cristiana, la cultura visigótica, la cultura musulmana, la cultura judía y, por supuesto, las mismas culturas precolombinas. Desde su origen, el romance castellano fue utilizado en servicios de traducción filosófica: fue el primer idioma moderno que sirvió de vehículo para verter la filosofía de tradición griega y helenística al latín, principalmente en la conocida como Escuela de Traductores de Toledo, en su apogeo del siglo XII.

El español se formó hace mil años, muy pronto respecto a otras lenguas vivas, y alcanzó su cristalización hace ya más de quinientos años (la primera *Gramática* de una lengua moderna, la de Nebrija, se publicó sólo quince

días después de la partida de Colón desde Palos). La circunstancia de que el español fuera el idioma de un imperio en el siglo XVI y XVII, determinó que tuviese que tener contacto con todos los demás idiomas y tratar de todas las cuestiones: permitió la riqueza, complejidad y precisión que le caracteriza. Y como la historia de la humanidad es una e irrepetible, la historia del español, como la del inglés, son hechos irrenunciables que no pueden ser encubiertos. La historia es la que ha determinado que el español sea una lengua hablada por cientos de millones de personas, la historia es la que ha determinado que el guaraní, el vasco o el catalán lo hablen minorías.

También es verdad que en los últimos trescientos años no se ha dado un desarrollo de la filosofía en español equivalente al que la filosofía en francés, en inglés o en alemán han conocido. No es ajeno a este hecho que España se mantuviese como reserva espiritual de occidente, pues el latín de la contrarreforma y la consiguiente ortodoxia doctrinal, impidieron en buena medida la libertad de pensamiento que hubiera favorecido el crecimiento de una filosofía en español. Pero si no se ha contado con una filosofía propia tampoco se puede decir que se estuviera al margen de la filosofía: al español se han traducido y se traducen sin cesar, es decir, se vuelven a pensar y se reescriben en nuestra lengua, filosofías pensadas y escritas en otras lenguas.

La actualidad de los treinta años del fallecimiento de Ernesto Che Guevara no hará extemporáneo citar un fragmento de un discurso que pronunció en 1963:

«La base del imperialismo está en América; el imperialismo norteamericano, que es el más fuerte, está en América. América habla español, América nos entiende a nosotros, América nos admira y ve en nosotros la imagen de lo que puede ser el futuro para todos sus pueblos, y se prepara para esa victoria. (...) Ese algo que les habla en español, en su propia lengua y que explica en forma clara qué es lo que hay que hacer para alcanzar la felicidad, se llama la Revolución cubana. Por eso nos temen de verdad.»

La filosofía en español está más por hacer que ya hecha. Millones de hombres que hablan y piensan en español, si son capaces de cultivar una filosofía crítica que les permita conocer mejor el mundo en el que viven, y no se conforman con ideologías más o menos mitológicas (algunas incluso se llaman «filosofía para niños»), podrán más fácilmente ocupar el lugar que, en la despiadada lucha universal por la supervivencia de lenguas y culturas, pueden por su historia alcanzar.

Y esa filosofía en español, por hacer, jamás podrá desalarse, como espíritu añejo y olvidado, de un pasado que la historia de la filosofía nos ayudaría a conocer, sino que tendrá que construirse enfrentándose, en español, a toda la complejidad del presente, del presente de las ciencias, de la política

La filosofía en español ante el tercer milenio

ca, de la religión. Porque la filosofía no es un saber arcano y perenne, sino, con las herramientas analíticas y las ideas conformadas durante siglos, un instrumento capaz de servir para conocer y cambiar la realidad, en nuestro caso, la realidad de los millones de hombres que pensamos, hablamos y escribimos en español.

octubre 1997